

LA EDUCACIÓN: UN CAMINO HACIA LA PERFECCIÓN DE LA PERSONA

L.F. Javier Montiel Temoltzin

PARTE 1

“La educación es el proceso permanente de actualización ordenado y jerarquizado, de todas las potencialidades y capacidades del hombre, para que llegue a su plenitud y madurez, desarrollando sus cualidades individuales y cumpla su vocación personal; a la vez que promueva el mejoramiento de las circunstancias sociales e históricas en que vive”.
–Ideario UPAEP

La persona humana nace dos veces, el primer nacimiento es el biológico/psicológico y el segundo es el académico/intelectual. Del primer nacimiento se ocuparán otros especialistas, para nosotros es el segundo nacimiento el que nos interesa. Éste segundo nacimiento comienza con la madre y el padre, que son también el primer contacto axiológico, son ellos quienes desde su regazo educan, enseñan y comparten. Los padres son los primeros educadores pues introducen al hijo al universo. Le enseñan a vivir en él y a utilizarlo para él. En la aprehensión que el niño hace del universo, siempre está presente la manera en cómo fue dado por los padres. De tal manera que – en la mayoría de los casos- somos introducidos al universo desde el punto de vista familiar.

De ahí podemos afirmar que la primera educación es la afectiva, la educación que se da en dicha esfera tiende a ser también la más honda y profunda, y la que más impresiona en nuestra vida. Para un niño recién nacido la realidad puede ser caótica, pues pasa de un estado cerrado y estático, a uno abierto y dinámico. Los padres entonces fungen como una educadores que a través del amor ayudan al hijo a ordenar el mundo y, al mismo tiempo, dándole sentido y significado. Este primer paso sirve también para que el hijo se conozca así mismo como un ser-en-el-mundo y ser-para-los-otros.

Con el transcurso de los años, y en compañía de los padres, el hijo aprende a traducir la realidad y a comprenderla, sin estos pasos el encuentro con la realidad desde el nacimiento no se superaría y se viviría en permanente caos. Dicho caos se supera en la medida en que el niño ordena y comprende la realidad, dándole un sentido y un significado. Únicamente de éste modo él podrá vivir auténticamente en la realidad, pero no de modo nihilista y materialista, pues una madre y un padre que aman al hijo educan en y para la trascendencia.

El mejor modo de acceder a ésta auténtica vida no es a través de teorías y conceptualizaciones abstractas, si bien éstas son fundamentales en cierto punto de la existencia, no lo son en el primer momento de la vida. Antes bien, la cercanía con el mundo y su aprehensión y ordenamiento intelectual comienza con un encuentro. La educación es, ante todo, un encuentro con una mirada amorosa que invita a “habitar” el universo, hacerlo nuestro, y mejorarlo para los demás.

El “encuentro” es, primero, con la madre y el padre, como se ha dicho, que ayudan a la comprensión ordenada del mundo y, en el que simultáneamente uno se conoce y comprende a sí mismo. Pero cuando dicho “encuentro” se ve quebrantado ya sea porque no existe una madre o un padre, familia o institución que eduque en la vida trascendente sea por las razones que fueren, entonces aparece una ruptura intelectual y emocional en la vida del hijo. Dicha ruptura tiene consecuencias que deben ser atendidas no únicamente con planes o programas operativos rígidos, ni mucho menos con técnicas pedagógicas que miren a la persona como un proyecto; antes bien, la persona, el alumno, ha de ser visto como una madre o un padre ve a su hijo: con amor, como una persona humana, con un destino trascendente y con una “potencialidad” en los valores eternos como el bien, la verdad, la justicia y la belleza. Aquí comienza el segundo encuentro, el encuentro con el maestro.

PARTE 2

*“Trata a un hombre como es, y seguirá siendo lo que es.
Trata a un hombre como puede llegar a ser,
y se convertirá en lo que puede llegar a ser”.*
-J. W. Goethe.

En muchas partes vemos hoy a familias despreocupadas por los hijos y más ocupadas por su éxito individual, lo que provoca niños y adolescentes carentes de valores fundamentales como la responsabilidad y el respeto, valores que se inculcan en el hogar familiar. Ante la ausencia de los padres de familia, en muchos casos, entra entonces la tarea del maestro. Tarea que no siempre puede ser cubierta en todos y cada uno de los aspectos, pero que sí invita a un trabajo integral.

La persona humana posee algunas dimensiones fundamentales a partir de las cuales desarrolla su condición: es inteligente, libre-responsable, volitiva, afectiva, religiosa, social y política. Y es a través de la educación que el hombre llega a ser lo que verdaderamente es, en otras palabras, alcanza su perfección al desarrollar las dimensiones ya mencionadas. Las personas hemos sido diseñadas de una manera concreta, y en la medida en que alcancemos la meta de ser nosotros mismos, podremos decir, no solo que estamos en perfección, también que nos poseemos real y verdaderamente.

La educación funciona como un camino y un puente que permite la relación ecológica y comprometida de la persona con su entorno, así como las relaciones respetuosas y fructíferas con las otras personas. La educación es el espacio idóneo en donde la persona ordena, estructura, sistematiza y da sentido y significado a las cosas. En otras palabras, la educación es el ámbito en donde la persona abraza y hace suya la realidad, la ilumina y le da un fin.

De éste modo la persona humana se desarrolla y realiza, porque a través de la educación el alumno despliega lo que está en él, *lo que es de suyo*, no se va a la escuela a adquirir inteligencia o libertad, se asiste para potencializar las dimensiones presentes ya en todos, perfeccionarlas. A la escuela se va a *cumplir con lo que ya se es* (las dimensiones esenciales que nos conforman), y a distinguirse de los animales y de las plantas, a la escuela se asiste a ser humano, a ser persona. Y es esto fundamentalmente lo que debe guiar y orientar la meta de la educación y del educador. Una educación que no pretenda llevar a un alumno a la profundidad y madurez de sus dimensiones, es una educación sin vocación destinada al fracaso. La razón de ser de la educación es consumir el destino del hombre.

La vivencia de cada persona muestra que la educación es, también, un “encuentro” propositivo y constructivo, ya mencionábamos el ejemplo de los padres como educadores. La verdadera educación se da siempre en compañía significativa, de ahí que, estoy seguro, muchos de nosotros recordamos amorosamente a un maestro y educador de nuestra infancia, adolescencia y juventud, que ayudó a conformar nuestra propia historia de vida, y a darnos altura, madurez y profundidad. Estoy seguro que estos profesores que recordamos con cariño, poco o nada tenían que ver con técnicas pedagógicas o psicológicas, lo que ellos tenían, antes que un programa operativo, era una adecuada visión o perfil de lo que una persona humana es y debe ser.

A lo largo de la historia los hombres y las diversas instituciones han pretendido establecer una idea “clara” de lo que la persona humana es, y han construido teorías y pedagogías diversas con el fin de encuadrar al ser humano y poder darle la educación correspondiente. Sin embargo algunas teorías y pedagogías han fracasado porque, en cuanto teorías, están sujetas al cambio, al devenir de los puntos de vista, de los caprichos y de las políticas. Una visión o perfil del hombre requiere del conocimiento profundo que el intelecto, la voluntad y el corazón del hombre exigen para sí.

Uno de los errores fundamentales de la educación actual es el educar al alumno desde la postura y actitud de lo que se espera de él, en vez de educarlo desde lo que ya es. La educación no es ni debe ser una proyección subjetiva de mis deseos sobre el otro, antes bien, la primacía recae sobre la constitución original de la persona humana. El maestro ha de adecuarse no al alumno por sí mismo, sino a la persona, sus dimensiones y dignidad. Si bien encausar al alumno hacia algo mejor es deseable, lo es todavía más si se parte desde una visión o perfil clara de lo que ya es la persona. Cuando no se tiene claro qué y quién se es, tanto la visión y el perfil del hombre como la de la existencia son manipuladas en contra de lo perfecto.

PARTE 3

*Sean perfectos
como es perfecto el Padre que está en el cielo".
-Evangelio según San Mateo Capítulo 5 versículo 48*

Pero no basta el encuentro con un maestro si éste no es, ante todo, un maestro de excelencia y, con esto, no me refiero al "hacer" en el plano práctico de saber el contenido total de una asignatura y aplicar las estrategias adecuadas en ambientes de aprendizaje. El maestro ante todo requiere ser una buena persona, un buen ser humano que anhele el ser perfecto del hombre.

¿Pero cómo saber quién es un buen maestro? ¿Quién es un buen ser humano? ¿Existe una manera de saberlo? ¿Cómo reconocerlo? ¿Existe, siquiera? Seguro que sí, y podemos aproximarnos y encontrar algunas características y cualidades que nos hagan expresar ¡aquel es un excelente maestro, una buena persona! Sin embargo encontrar estas características no será posible del mismo modo que una técnica y burocrática evaluación docente, mucho menos únicamente a través de ella.

En primer lugar, un buen maestro es un investigador nato. La tarea de investigación de un maestro permite que éste no se atrase, sino que constantemente se renueve. Los cursos-talleres y diplomados de actualización no sirven de nada si el maestro no dedica tiempo a investigar, tendrá conocimientos, pero al final no generará nuevos pensamientos, y terminará por ser un mal maestro. El maestro necesita confrontarse con el conocimiento y trabajarlo incansablemente.

Esto parecería una utopía, puesto que por muchos años, miles de profesores nos hemos dedicado a repetir lo que otros han dicho. La verdadera diferencia radica en que tenemos que investigar y hacer nuevo el conocimiento, es cierto que muchos de nosotros tampoco podemos darnos el lujo de rehacer una y mil veces la misma clase, pero hay que intentarlo y ser constructores del conocimiento. Las clases en el aula requieren de reflexión permanente en el que no se pierda de vista dos cosas: que la ciencia está en constante cambio, y que nuestros alumnos son investigadores y científicos, colaboradores nuestros, en la tarea del conocer.

Un buen maestro requiere también despertar el interés del alumno en la materia, de manera que el alumno se vea animado a convertirse en un nuevo investigador de dicha área de conocimiento. Así, pues, un buen alumno es resultado de un maestro dedicado que ha logrado que el alumno investigue, piense por sí mismo, cuestione, reflexione, analice, interprete, compruebe, ofrezca alternativas. Es por ello que las mejores clases son aquellas en las que la cátedra se vuelve un diálogo abierto y franco, en otras palabras, la clase necesita ser interactiva; con esto no quiero decir juegos o actividades físicas necesariamente, la interactividad de una clase la percibe el alumno cuando el maestro está al tanto de todo, cuando lanza preguntas, cuando hace pensar, cuando reconoce que no sabe, cuando investiga con el grupo, cuando demuestra su anhelo por aprender, etc. Así, la educación es, por tanto, un encuentro dialógico en una comunidad.

En segundo lugar, la educación, se ha dicho bien, no es la mera transmisión de conocimientos, es un encuentro y es una relación personal que llama e impacta, pero que también empuja a la refundación constante de los saberes y a la apropiación de ciertas destrezas. El buen maestro necesita vivencias, no hablo aquí de experiencia profesional sino de experiencias profundas y significativas que muevan su espiritualidad; salir del salón, de la academia, mirar el rostro del otro, tocar el mundo. En última instancia lo que se pretende es que el estudiante haga suyas esas vivencias que le permitirán desenvolverse en cualquier contexto.

Ahora bien, se corre muchas veces el peligro de que las vivencias sean burocratizadas, cuando esto ocurre la educación en cuanto formación se hace complicada, limitando al maestro al cumplimiento de los programas, lo que no quiere decir que exista una inflexibilidad y falta de libertad de cátedra. Pero recordemos a nuestros mejores maestros, muchos que, sin apegarse rigurosamente a programas operativos, guías de aprendizaje y planeaciones didácticas, influyeron en gran parte del curso de nuestra existencia. Maestros que en su bien pensar, bien escribir, bien

hablar y bien hacer, expresaban una congruencia de valores hoy pocas veces vista, manifestando una profundidad espiritual a través de su testimonio de vida. Y en esto radicaba su autoridad.

Es necesaria la figura de autoridad no únicamente intelectual, sino también la moral. Se aprende más con el ejemplo, es cierto, pero no basta el ejemplo científico sino también el ejemplo ético. Se puede saber mucho de matemáticas o de filosofía y, al mismo tiempo, ser una mala persona. No podemos evitar en nuestras clases expresar valores o antivalores. Hay buenos profesores pero que son rechazados por su actuar moral. Y hay casos de malos profesores en la academia pero que son admirados por los alumnos por su ser y quehacer moral, y este es otro tipo de enseñanza igualmente importante y tan urgente como la intelectual. Confrontar pensamientos, ser honesto consigo y con los demás, ser respetuoso con las ideas de los otros, aportar a la cultura y nunca dejar a un lado las convicciones que enaltezcan la dignidad y perfección de la persona, son características fundamentales del buen maestro.

Finalmente, la formación docente -tanto intelectual como moral- es algo que no debe dejarse a la ligera, es importante siempre confrontar, comprender que una teoría pedagógica ofrece progresos y, también, retrocesos, no existe la teoría perfecta en la educación. Se requiere de valor para decir ¡no! a una teoría que no favorezca a la persona, se necesita fuerza y voluntad para reconocer cuando lo nuevo es mejor que lo viejo, pero también cuando lo viejo es mejor que lo nuevo. No valen en la educación las defensas apasionantes, mejor la cordura, la paciencia y la prudencia. Se requiere decir no a la cantidad y sí a la calidad. Hace falta decir ¡sí! al cambio, al cambio bueno y auténtico, aquel que dignifica al hombre. Hace falta valor para nunca dejar de comenzar de nuevo, decir sí a la crítica, sí al alumno y sí al maestro íntegro. El buen maestro tiene el valor de decir no al poder político y económico, el buen maestro dice no a la hipocresía y cinismo, dice no al egoísmo y a la violencia; y en cambio dice sí y abraza el amor auténtico, el que nunca se cansa de darlo todo, el amor sin medida que mira a la Perfección, así, la excelencia magisterial, en la vida del maestro cristiano, es aquella que se abre a la trascendencia y abraza la santidad.

BIBLIOGRAFÍA

Giussani, Luigi. *Educación es un riesgo. Apuntes para un método educativo verdadero* (3ª edición)
Encuentro.